

En torno a «Voces» de Ofelia Sequeros

Francisco Javier Díez de Revenga

UN nuevo libro de poesía es siempre buena ocasión para reflexionar sobre la poesía y su necesidad entre nosotros. Poesía como expresión y también poesía como sugerencia de vida y comunicación entre poeta y lector. El verso, tan antiguo como la palabra vuelve nuevamente a transmitir una inquietud, a trasladar un nuevo sentimiento que el poeta quiere hacer llegar a sus semejantes. La poesía nueva es expresión de un nuevo mundo poético. Hoy es Ofelia Sequeros, la autora de un nuevo libro que lleva por título el sugerente nombre de *Voces*¹, voces que llaman, voces que claman, pero también voces que sugieren sensibilidad y amor, voces de dolor y también de alegría, voces de nostalgia, que reviven mundos recónditos. Esta es la tercera vez que Ofelia Sequeros publica un libro, según nos dice su prologuista y según nosotros, todos los que aquí estamos ya sabemos. Primero fue *Umbral sonoro*, también de sugerente título, y en el que José Guillén García, aseguró, en palabras prologales que «las señas de identidad de una actitud lírica se pliegan siempre en la intimidad del yo poético para convertirse en el mensaje unilateral cuyo emisor es el único protagonista de la acción literaria». Y advertía el prologuista: «Ofelia

Sequeros ajusta la lente de su porosa sensibilidad al entorno cotidiano de su propia experiencia y concreta las luminosidades y las sombras en un rayo reflectante casi exclusivo, aunque diverso en su enfoque: el amor.» Era el año 1982.

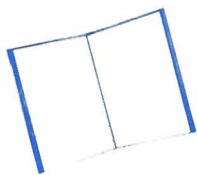
Posteriormente, Ofelia Sequeros publicó un nuevo libro, *Al Alba*, que Manuel Molina nos presentó como una elegía total, aunque con el triunfo de la vida: «la vida triunfa en esta elegía, que nunca entra en el ámbito de la desesperación». Eran versos profundos, llenos de sensibilidad, y también de autenticidad, que nos dejaron en 1986 un buen poemario y una muestra intensa de expresividad y dominio de la palabra poética.

Ahora Ofelia Sequeros publica *Voces*, un libro variado y complejo en el que se encuentran diversas fuerzas del espíritu y sobre todo grandes sentimientos del poeta: el amor, la nostalgia, el recuerdo, el encuentro y el sentimiento con la naturaleza, la aventura del tiempo, la sensibilidad ante las estaciones. Y una gran variedad distingue esta nueva entrega poética. Hay en ella poemas optimistas, llenos de luz y de vivencia de la naturaleza, con una protagonista esencial: la primavera, y unos compañeros inseparables de ese protagonista: el mar, el pajar, la estrella, la canción, la nostalgia, la

armonía. Todos son elementos inseparables de un conjunto noble y sólido lleno de esplendorosa belleza abstracta que a veces se concentra en paisajes amados, llenos de especial emoción, como es por ejemplo París, como escenario de amor.

En su canto a la primavera, a las primaveras, hay un canto encendido al mundo, a la naturaleza que se renueva con especial sensación de fuerza, porque está el amor en compañía. Y cuando pasa el tiempo, y pasa el amor, está el recuerdo para revitalizar ese mundo noble y lleno de belleza que la poetisa capta en símbolos de autenticidad y de entusiasmo sincero: así el leve y grácil pájaro, o las pinas, o esos silencios de oro que cierran con sensación el espíritu de fiestas y canciones de la primera parte.

Hay un agudo sentimiento del tiempo en todo el libro, incluso cuando se nos habla del amor joven: «No me abrumes, Tiempo, no me abrumes, tengo una eternidad para soñarte», dice la poetisa al cerrar su sección «Poemas del amor joven», en la que ante todo late el alma enamorada de la autora que vive con intensidad no sólo el amor sino también otras pasiones amorosas, como el olvido, tan pendiente del tiempo, reflejado en el símbolo de su voz. El tiempo, las nubes —como aquellas nubes azorinianas del eterno retorno,



Theatro de la gentilidad

siempre las mismas y siempre distintas— prendidas al eterno retorno, aquí más aún a su destino ignoto, enigmático, son inquietudes vibrantes que la autora nos trasmite en estas poesías impresionantes.

Creo que la parte más bella de todo el libro es la titulada «Ausencias». Entre los poemas de esta parte, el mejor de todo el libro es el dedicado a Antonio Sequeros. Palabra justa, amor sincero, retrato vivo de un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra bueno. Un poema de emoción que nos hace revivir la persona digna y llena de afecto, la persona sensible del padre, que todos admiramos. Palabra a palabra, Ofelia recuerda al buen don Antonio, en sus gestos, en

su señorial sensibilidad, en su nobleza y hombría de bien. Pero también en el gesto familiar y amable, en el gesto cotidiano de vivencia diaria. Y otro poema de la misma sección me parece particularmente valioso por su hondura literaria por su penetrante emoción poética: «La muerte de Ofelia», la Ofelia shakesperiana, criatura mítica de ingenuo candor, muerta en la tragedia del amor y la locura del príncipe de Dinamarca. Nuestra Ofelia contemporánea recuerda a la trágica criatura que Shakespeare alumbró con tragedia y con poesía. Para Ofelia es símbolo de particular sensibilidad, símbolo de desdichado destino, que nuevamente nos hace pensar.

Son todos en definitiva,

poemas que construyen un libro de singular sensibilidad hacia el mundo y los objetos, hacia los paisajes y hacia los poetas, ausencias y presencias que recorren con estremecimiento una cultura y una sensibilidad, pero sobre todo una gran expresividad forjada en el fervor hacia las letras, en el fervor hacia los nombres de las cosas, en el fervor hacia los sentimientos, que elegíacamente se trasforman por medio de una palabra poética sólida, trabajada, llena de entusiasmo y de comprensión hacia el mundo y la vida, la gran protagonista de estas *Voces* que Ofelia Sequeros ha querido reunir en el libro que presentamos.

